

PRINT

RESEÑA COMENTADA
FRANCISCO GONZÁLEZ L. DE G., REFLEXIONES ACERCA DE LA
RELACIÓN ENTRE LOS CONCEPTOS: ECOSISTEMA, CULTURA Y
DESARROLLO. ENSAYOS 1, BOGOTÁ, PUJ, IDEADE, AGOSTO DE 1996.

Isaías Tobasura Acuña
Profesor Titular de la Universidad de Caldas
Departamento de Desarrollo Rural
Manizales, 2005-02-04 (Rev. 2005-04-20)

RESUMEN

Este texto es en su totalidad una reseña crítica del ensayo *Reflexiones acerca de la relación entre los conceptos Ecosistema, Cultura y desarrollo del autor* Francisco González L. de G., publicado por Pontificia Universidad Javeriana y el IDEADE. Lo que se hace interesante en esta reseña es que además de comentar un texto, nos remite a toda una experiencia investigativa, a unas situaciones vitales y a la pregunta por las posibles soluciones a las problemáticas ambientales desde la potencialidad de lo que es el desarrollo sostenible después de pasar por un crítica indispensable. Así mismo nos habla de las intenciones que cruzan a aquellos investigadores que plantean la apertura de escuelas de pensamiento ambiental y cómo es que la construcción de un pensamiento siempre será un proceso constituyente.

PALABRAS CLAVE

Desarrollo sostenible, cultura, racionalidad, problemas ambientales, pensamiento ambiental, ecoeficiencia.

ABSTRACT

This text contains a critical review of the essay: *Reflexion about relations between concepts of: Ecosystem, culture and development* by Francisco Gonzales l. de G. published by Pontificia Universidad Javeriana and IDEADE. What is interesting of this review is the power of giving us a new research experience by using vital situations and the question for possible solutions to enviromental problems from the whole potential of sustainable development after an indispensable critic. In the same way it took us from the original intentions that have such researchers who propose the open of enviromental thought schools and how is the process of building a thought always will be a constitutive process.

KEY WORDS

Sustainable development, culture, rationality, enviromental problems, enviromental thought, ecoefficiency.

La complejidad de los problemas que afronta la sociedad actual nos invita a hacer nuevas lecturas, originales interpretaciones y a resignificar conceptos, unos fosilizados, otros reducidos a eslóganes por políticos y planificadores. En el caso de los problemas ambientales, quizá los que suscitan mayor atención de la comunidad planetaria, el reto es todavía mayor, si se quiere ahondar en sus causas y plantear soluciones que superen las posturas contemplativas y románticas de unos cuantos despistados, o las meramente pragmáticas instrumentales del modelo dominante.

La continuidad de la vida y de la civilización humana en el planeta es un imperativo ético-político que implica romper con las viejas ataduras de la ciencia occidental, en la que conocer significa fragmentar, aprender conlleva a mutilar y actuar significa excluir o, en el peor de los casos, ignorar. El texto de la referencia aborda tres conceptos fundamentales –ecosistema, cultura y desarrollo- para dilucidar la cuestión ambiental y posibilitar la praxis social en contextos históricos y geográficos concretos. Más que un modelo acabado, lo que González L. de G. plantea, es un camino, una herramienta interpretativa para la identificación de los problemas ambientales y su consecuente formulación de propuestas de solución: una vía hacia el desarrollo (¿sostenible?).

El ensayo no es un ejercicio malabarístico de conceptos abstractos sino una confrontación entre teoría, experiencia investigativa y aplicación del modelo en comunidades específicas de diferentes regiones del país (1). La experiencia de más de 12 años de trabajo del Instituto de Estudios Ambientales para el Desarrollo (IDEADE)

de la Pontificia Universidad Javeriana, está estrechamente ligado a este ejercicio de construcción conceptual, epistemológica y metodológica para el abordaje del tema ambiental. La herramienta, en últimas, pone en evidencia una manera para poder operacionalizar el concepto de “desarrollo sostenible”; un concepto que lejos de haber dado claridad a políticos, planificadores, académicos y ambientalistas, se convirtió en una torre de babel, donde todos hablan y parecen estar de acuerdo con él, pero pocos tienen claridad de su aplicación en situaciones concretas. Aunque González lo critica por tautológico, sobre todo cuando se expresa como “desarrollo humano sostenible”, pues si por desarrollo se entiende “la capacidad de una sociedad para dar desenvolvimiento a sus potencialidades, a su patrimonio biofísico y cultural, para garantizar su permanencia en el tiempo y en el espacio, satisfaciendo equitativamente las necesidades de su población” (2), lo humano y lo sostenible serían elementos consustanciales al desarrollo, es decir, no habría ningún tipo de desarrollo que no fuera sostenible y tampoco que no fuera humano. Por ello, y dado que el concepto, aunque es contradictorio, tiene en el universo discursivo, un deber ser, una situación deseable, puede y amerita un ejercicio de concreción en la realidad.

En opinión de González, en la época actual es pertinente recuperar el sentido potencial con que se concibió el concepto de desarrollo sostenible; en tanto espacio conceptual abierto frente al cierre discursivo expresado por el concepto de desarrollo que dominó la sociedad occidental en los últimos tiempos. El ideal teleológico de progreso implícito en el concepto de desarrollo dominante en nuestra sociedad, ha entrado en crisis. La sociedad moderna con sus formas de adaptación cultural, expresadas en su manera de generar conocimiento, organizar la sociedad, transformar el medio biofísico, ha demostrado un rotundo fracaso, expresado en el agotamiento de los recursos, el deterioro de la calidad de vida humana, las múltiples formas de violencia entre las sociedades y el sojuzgamiento y aniquilación de otras formas de vida.

Y dado que las palabras, las ideas y más concretamente los conceptos, entendidos como ese cúmulo de artefactos de los cuales dispone el humano para acercarse, comprender y analizar el mundo y construir nuevas realidades, es fundamental darle sentido y contenido al concepto de desarrollo sostenible. En primer lugar, es necesario pensar el desarrollo más allá de los límites trazados por la economía convencional, donde parece anclarse las ideas fundamentales que orientan las decisiones claves dentro de la sociedad. Pues, como se sabe, la economía no es sólo una ciencia positiva sino (y principalmente) normativa. Sobre los modelos matemáticos y econométricos de la escuela neoclásica se decide la suerte de la sociedad y el futuro del planeta. En consecuencia, el desarrollo no puede obedecer a la unidimensionalidad de la racionalidad capitalista, según la cual el mundo es un supermercado donde las decisiones acerca del uso de los recursos obedecen a las preferencias (¿racionales?) que expresan los ciudadanos. La diversidad cultural, producto de la interacción adaptativa de los seres humanos al medio biofísico, ha posibilitado el surgimiento de tantos humanismos como culturas existen, de tantas racionalidades como comunidades humanas habitan el planeta. Es precisamente esta gran diversidad la que posibilita la creación de “opciones sostenibles de desarrollo” en contextos geográficos e históricos concretos.

Históricamente se sabe que existieron sociedades que crearon formas adaptativas al medio biofísico lo que les permitió su producción y reproducción en el tiempo y en el espacio; otras, en cambio, no fueron capaces de crear formas adaptativas que les permitieran su permanencia en el tiempo y en el espacio y por tal motivo desaparecieron. Probablemente la especie más cercana al homo sapiens sapiens —el homo neardentalensis— corrió esa suerte, pero dentro de las sociedades humanas se sabe de muchas culturas que desaparecieron del planeta, dejando apenas sus huellas. Quizá éstas últimas fueron incapaces de vislumbrar claramente los desajustes surgidos de la interacción entre la sociedad y la naturaleza, lo que hoy denominamos “problemas ambientales”, que surgen cuando se desborda erráticamente el sistema biofísico a causa de la demanda social.

En este mundo globalizado, advertir los desajustes que generan los problemas ambientales no es fácil. Muchas sociedades, que a todas luces resultan insostenibles, trasladan sus demandas de recursos a otras que pagan con la pobreza y la marginalidad su gula y su opulencia. Muchos ciudadanos de los países del norte viven a expensas de la energía y la biomasa que deberían consumir los habitantes de los países del sur, y al interior de las sociedades del sur, también muchos ciudadanos consumen y acaparan más de lo que sus cuerpos demandan, condenando a sus congéneres a la miseria. Por ello, construir un concepto de desarrollo sostenible, implica operacionalizarlo en diferentes dominios de la realidad: lo local, lo regional, lo nacional y lo planetario. Lo anterior es todavía más cierto en este mundo globalizado. Sin duda, en la localidad es donde se pueden encontrar alternativas de desarrollo sostenible, y quizá ese sea el escenario propicio para construir la resistencia a la globalización avasallante que amenaza arrasarse con todo. Pero el trabajo en lo local no puede perder de vista lo planetario, porque es precisamente allí donde se generan las decisiones que hacen más difícil la construcción de estilos de vida sustentables.

Pese a la dificultad real que existe para identificar los problemas ambientales, González en su modelo interpretativo da luces que contribuyen a hacer posible una tarea que en principio parece nebulosa. Para ello parte del hecho de que los problemas ambientales corresponden a un campo relacional enmarcado culturalmente y no se pueden reducir a lo que se observa en los ecosistemas cuando son intervenidos por el hombre o a los efectos contaminantes o destructivos del metabolismo social urbano: deforestación, pérdida de biodiversidad, disminución cualitativa y cuantitativa del recurso hídrico, contaminación atmosférica, ruido, congestión vehicular, etc. Los problemas ambientales se sitúan más allá de los efectos materiales evidentes de la acción humana, que se manifiestan como síntomas de los desajustes en el proceso de interacción entre la

sociedad y la naturaleza: los problemas ambientales son el centro mismo de la actividad humana extractiva o productiva en el contexto de una cultura determinada.

La comprensión integral de los problemas ambientales se constituye hoy en un nuevo campo de conocimiento que desafía el paradigma tradicional del conocimiento disciplinar compartimentalizado, producto de la división cartesiana entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Lo anterior exige una nueva construcción teórica, epistemológica y metodológica que deben propiciar los espacios sociales diseñados para generar y transmitir el conocimiento. En esa perspectiva, y después de reflexiones teóricas y análisis de problemas concretos al interior de la Universidad Javeriana, surge el IDEADE, como un espacio para la reflexión académica interdisciplinaria alrededor de los problemas ambientales, que hoy constituyen una de las principales preocupaciones de la humanidad. Este nuevo espacio se constituyó en un hito para el abordaje de una problemática que, sin ser del todo nueva, emerge como una de las que inquieta más a nuestra sociedad.

En Colombia, por ejemplo, pese a los avances que se han logrado en la institucionalidad ambiental, partiendo de lo que quedó contemplado en la Constitución Política de 1991, la Ley 99/93 y su posterior reglamentación, es poco lo que se ha avanzado en la definición de alternativas de producción y desarrollo sostenibles. El concepto de desarrollo sostenible aunque aparece citado en (todos) los planes de desarrollo de los últimos gobiernos y que se hayan producido documentos Conpes relacionados con el tema, no muestra evidencias claras de su aplicación, más allá de la retórica Brudtlansiana, que en la práctica no es más que la aplicación neoliberal del concepto, en donde la naturaleza (el agua, el suelo, los minerales, la biodiversidad) no pasan de ser recursos o insumos para la producción, que deben ser explotados o conservados para garantizar el crecimiento económico.

Aunque el ensayo de González es claro y coherente en la propuesta conceptual y metodológica, se queda corto a la hora de plantear indicadores que permitan llevar a la práctica el concepto de "desarrollo sostenible". Probablemente se deba a su intención y alcance, o a que definitivamente en este aspecto los avances no son evidentes. De todas formas, permite ver que el concepto de "ecoeficiencia", que podría traducirse en indicadores cualitativos y cuantitativos, puede ser un mecanismo para concretar en la realidad el concepto de desarrollo sostenible. La ecoeficiencia sería condición básica, en el nivel operacional, para la construcción de situaciones de desarrollo sostenible. "En la lógica del instrumento planteado, la ecoeficiencia, corresponde a la dimensión operacional, mediante la cual una cultura, adquiere el carácter de estrategia adaptativa e inclusive adquiere el carácter de adaptación" (3). Dado que el concepto es una hibridación de otros traídos de extremos opuestos: eficiencia de la economía y "eco" de la ecología, sería necesario resignificarlo, en la medida en que la eficiencia, en términos generales, se ha orientado a cuantificar la utilización de los recursos reduciéndolos al valor monetario, mientras que la eficiencia en términos de la economía de la naturaleza, la física, tiene que ver con el uso de los materiales y la energía en la lógica de las leyes de la termodinámica. Por ello la "ecoeficiencia" debe operacionalizarse en términos de indicadores biofísicos como la "huella ecológica", la apropiación humana de la producción primaria neta (AHPPN), el rendimiento energético de los insumos de energía (REIE), el insumo de materiales por unidad de servicio (IMPS), la deuda ecológica y otros similares que ha venido trabajando la economía ecológica (4).

En un esfuerzo por comprender la aplicación en la realidad práctica, determinar la ecoeficiencia de una comunidad cerrada y aislada resultaría hasta cierto punto fácil de realizar, pues más allá de los intercambios energéticos que se presentan, los intercambios comerciales no existirían y el ejercicio se reduciría a calcular la capacidad de carga de un espacio determinado: la oferta natural menos la demanda social. No obstante en la sociedad actual, en donde las comunidades se encuentran altamente integradas a los circuitos de los mercados de bienes y servicios, los cálculos locales pueden dar elementos para la definición de estrategias sostenibles pero con alcances limitados. Me pregunto, por ejemplo, ¿qué pasa con una comunidad que ha logrado definir una estrategia sostenible (un equilibrio entre oferta ambiental y demanda social), con una calidad de vida acorde con su cultura, pero que cada vez se ve más presionada por el medio social con nuevos consumos, más impuestos, nuevas formas de extracción de renta? Aquí no sólo hay una dificultad práctica para medir la ecoeficiencia sino (y fundamentalmente) un obstáculo teórico para discernir ética y políticamente la forma como unos individuos, unos grupos sociales, unos países, se apropian de los recursos y del trabajo de otros. En últimas, cómo calcular la ecoeficiencia de la sociedad de manera que le permita su permanencia en el tiempo, con unas condiciones de vida dignas en su contexto cultural particular, y con niveles de justicia y equidad propios de una sociedad sustentable; he ahí el reto de los académicos y de la academia en su conjunto.

El IDEADE, cuya misión es "producir, y transmitir conocimiento desde un enfoque sistémico, interdisciplinario y participativo, dirigido a la solución de problemas ambientales del país en el marco del desarrollo sostenible. Coordinar el desarrollo de la investigación ambiental en la Pontificia Universidad Javeriana y propiciar los espacios de cooperación institucional que aporten a la consolidación de la comunidad científica ocupada en el tema" (5), ha logrado hacer avances importantes en la forma como se debe abordar el tema ambiental en general y los problemas ambientales en particular. Para el logro de la misión, el Instituto trabaja en los frentes básicos del quehacer universitario: la formación formal y no formal de personas, la investigación y el servicio a la comunidad. No cabe duda de que aquí se ubica el máximo aporte no sólo del instituto y de la Universidad Javeriana, sino de la universidad o mejor de la academia en el país. Descontando los avances que ha conseguido la Universidad Nacional con la creación del IDEA en la introducción de la dimensión ambiental en la vida universitaria y en la comprensión de lo ambiental y de los problemas ambientales del país, la experiencia del IDEADE se debe considerar paradigmática en el abordaje académico de lo ambiental en el contexto

nacional.

En este corto tiempo se ha venido consolidando una escuela de pensamiento ambiental desde la óptica Javeriana, lo cual implica asumir un compromiso ético-político frente a los complejos problemas que afronta el país. Este proceso de construcción se caracteriza por tres elementos fundamentales (6).

1. Una visión ético-política de la problemática ambiental. En el caso de la valoración de la biodiversidad, González L. de G. Y Galindo C. (7), en un lúcido ensayo analizan las dificultades que existen a la hora de tomar decisiones relacionadas con el uso, no uso y conservación de la biodiversidad. Cuestionan el paradigma unidimensional de la economía crematística para asignar valor a la biodiversidad, por cuanto desconoce la pluralidad cultural que da origen a valoraciones diferentes de los recursos biológicos, y señalan algunas limitaciones de la economía ecológica al pretender sintetizar, en términos de energía, los múltiples valores que las diferentes culturas reconocen y otorgan a la biodiversidad. En consecuencia, y acudiendo a la “teoría de los requerimientos”, que son subjetiva y culturalmente determinados, proponen como mecanismo para la toma de decisiones relacionadas con la valoración y uso de la biodiversidad, jerarquizar los requerimientos humanos frente a los seres vivos a partir de la pregunta: ¿para qué clase de requerimiento actúa como satisfactor un bien intervenido y cuál es la alternativa por la que se pretende optar? En últimas, proponen que los fundamentos éticos sobre los cuales se deben definir los criterios para el manejo de la biodiversidad deberían ser: su valor intrínseco y cultural, la multidimensionalidad de su valoración y el reconocimiento de la capacidad y voluntad de las comunidades locales para el manejo de la biodiversidad.

2. Ver y asumir lo ambiental como el resultado de la relación sociedad- naturaleza, lo cual implica ver los problemas ambientales no con una visión unidimensional ecologista, o biofísicista o una visión sólo ideológico-política, sino con una mirada donde convergen todos los elementos que constituyen la cultura y los procesos sociales. Lo anterior conlleva a la construcción de métodos, teorías e instrumentos, que permitan tener una lectura holística y sistémica y dar una respuesta coherente con dicha lectura.

3. Otro aporte es la construcción de un modelo para el análisis de la problemática ambiental partiendo de la relación de Ecosistema, Cultura y desarrollo, el cual integra los elementos tecnológicos, organizacionales, biofísicos, simbólicos y de conocimiento, constitutivos del sistema cultural. Dicho modelo da unos instrumentos de lectura para la problemática ambiental que permite comprender la realidad desde la óptica de las diferentes culturas con una visión multidimensional, holística y sistémica para poder construir respuestas a los problemas surgidos en la interacción ecosistema cultura, en contextos espacio temporales concretos.

En síntesis, la propuesta no está terminada sino en proceso de construcción; su perfeccionamiento y validación es una tarea que se debe asumir en el plano práctico, a partir del desarrollo y aplicación de cada uno de sus componentes. Por ejemplo, se debe desarrollar todo el sistema económico, que es parte del subsistema organizacional, desarrollar toda la parte del sistema tecnológico, lo mismo que la parte del sistema simbólico, y así sucesivamente de los otros subsistemas. En algunos componentes, los desarrollos se han venido dando parcialmente en diferentes formas, aportando elementos conceptuales y herramientas metodológicas que enriquecen el modelo. No hay duda de que acometer la comprensión de la realidad ambiental y su transformación orientándola hacia un “desarrollo sostenible” con esta herramienta es diferente a trabajar con otra, y aquí puede radicar el mayor aporte de González L. de G., en particular, y de la Universidad Javeriana, en general. Las tesis de grado y los trabajos realizados en el IDEADE aplicando el modelo, han demostrado que la lectura que las personas hacen de la realidad y en consecuencia su forma de actuar cambian radicalmente, afirma el profesor González L. de G.

BIBLIOGRAFÍA

GONZÁLEZ L. DE G., Francisco. Reflexiones acerca de la relación entre los conceptos: ecosistema, cultura y desarrollo. Ensayos 1, Bogotá, PUJ, IDEADE, agosto de 1996.

NOTAS:

1. Proyecto metodología para el desarrollo sostenible de zonas costeras. Estudio de caso de Cartagena y el Proyecto Desarrollo forestal integrado para la cuenca media del Chicamocha.
2. González L. de G., Francisco. Reflexiones acerca de la relación entre los conceptos: ecosistema, cultura y desarrollo. Ensayos. PUJ, IDEADE. Bogotá, s.f., p. 15.
3. González L. de G., Francisco. Op. Cit., p. 56.
4. MARTÍNEZ ALIER, Joan, *The environmentalism of poor*, England, Edward Elgar, 2002.
5. González L. de G., Francisco. Op. Cit., p. 80.

6. González L. de G., Francisco. Entrevista, Bogotá, abril 24 de 2003.
7. Gonzáles L. de G., Francisco y Galindo Caballero, Mauricio. Elementos para la consideración de la dimensión ético-política en la valoración y uso de la biodiversidad. (Ensayos II). PUJ. Bogotá, 1999.

Close Window